

XILOCA 2
págs. 247-250
1988

APUNTES PARA UNA POETICA DE LA RIBERA DEL JILOCA

Enrique Villagrasa González

El sábado 9 de noviembre de 1985, el "Diario de Teruel" publicaba mi poema dividido en cuatro partes, "De Burbáguena-Zona del Jiloca" (firmado con mi seudónimo). Cito este poema, porque de alguna manera subyace latente en él esa sustancia para unos primeros apuntes sobre una posible poética de la ribera del Jiloca, que aquí vengo a desarrollar desde la distancia. Lejanía que por muy distintas razones nos abraza a unos y a otros y acusa y nos hace recordar aquel nuestro pretérito que es, ni más ni menos, lo que potencia nuestro hoy: el presente.

El poema citado evoca los paseos de los jóvenes del lugar, ese recorrido típico que cada uno hemos tenido o tenemos en nuestro pueblo: "Rambla, carretera, puente, / camino de la vía". E incide ya en aquello que será una constante en todos aquellos que hemos salido de nuestra tierra, pero que nos sentimos muy unidos a ella y esa comunión la particularizamos en algún sitio concreto de nuestros pueblos. Por ejemplo: "Aún hoy percibo el grueso olor a membrillo", ese olor característico del camino de la fuente de Burbáguena.

Por otro lado, la memoria (y eso lo saben bien los viejos, que constantemente están agarrados a ella) fija su atención en, por múltiples razones, un tiempo-espacio en concreto: "en el septiembre otoñal, breve y frío". Esto es así porque al salir y dejar el pueblo, nos hemos llevado con nosotros su rostro, su voz, su agonía, que posiblemente sea lo que más nos une e identifica a todos.

Valga esta introducción para significar esa poética que tratamos de dirimir en estas páginas. Porque, que duda cabe, poetizar es enfrentarse a la realidad interior y exterior que anida en nosotros y que nos circunda. O sea, que están imbricadas en uno mismo al tiempo que desarrollas esa misma especie de lucha -"agonía"-, ese desgarramiento en el papel en blanco por medio de la palabra escrita, que de alguna manera queda resuelto en: búsqueda-lenguaje, pasión-palabra, identidad-agonía, paisaje. Diríase que es ser por y en el acto del quehacer demiurgo, en ese

grito desesperado del silencio frente a la realidad o/y a la vez de la realidad frente al silencio.

Aunque teniendo siempre en cuenta que el poema debe prolongarse en quien lo lee, lo recita o lo escucha, porque ésa es la única forma de que tenga continuidad ese vértigo del alba, vespertino o nocturno que atenaza, ese rostro fosfénico que anida en el pétreo párpado de la lejanía y que en un limpio instante es capaz de desvelar sombras. (Y más si arrecia el vino, como suele acontecer).

Así, una poética de la ribera del Jiloca debería ceñirse al recuerdo de lo perdido, a esos retratos amarillos por el paso del tiempo, que son una excusa válida para internarse en el pretérito cruel, pretérito que desde el presente debemos recuperar para que no nos deje una sensación de inutilidad y de fracaso. Para que cualquier imagen no nos haga enmudecer y nos arrastre al infierno del olvido.

Pero no debemos perder de vista que nuestros pueblos, los pueblos de la ribera del Jiloca, son pueblos de viejos y que los pocos niños que quedan juegan en esa soledad. Por lo tanto tenemos el deber de que no sean devorados por el pueblo. Pueblo que a falta de savia nueva se aferra a su memoria y no ve sino destrucción por todos sitios e intenta irse al pasado, a su recuerdo. Es necesario creer que el compromiso social comienza en y por uno mismo.

La realidad de nuestra ribera es la de esos hombres, sus habitantes, que son como la tierra, hombres de puño y surco, con si se quiere esos calidos ocres o esos verdes esperanzadores; hombres que se enfrentan a la angostura infinita de los campos, en un quehacer que irradia destellos de mutismo, que de alguna manera obliga a beber más en ese ápero engaño del vino. Esa realidad de hombres aferrados a su tierra, a los barbechos, a los yermos y regadíos es la que cabe poetizar.

Pero hay que enfrentarse a todo ello con la mirada fija en el hoy y aprendiendo a recordar. Porque la soledad y el silencio es lo peor. Aquí quiero dejar claro que una de las intenciones de este trabajo es la de conseguir que no estemos nunca solos y en silencio en esta olvidada ribera del Jiloca.

Debemos recalcar nuestra mirada en los rincones perdidos de cada pueblo, en las montañas que nos circundan, donde el aire es limpio y fresco; en los contornos sombreados de pinos; en los rebaños de ovejas por los montes; en las parideras enclavadas en el paisaje; en esas piedras surgidas de pronto en nuestra seca tierra; en la morada del frío sobre la tibieza de los pueblos de este Jiloca que camina sucio y casi ausente desde Cella hasta el Jalón.

Hay que observar detenidamente los yermos, pero también el verdear de las espigas; a los labradores de tractor y azada, arrugados y secos, a lomos de mulos cansados, siempre a la espera. Para así escuchar ese eco de voces rotas de nuestra gente; de esas voces femeninas consagradas en silencio al marido y a los hijos, a parte de a la casa y las más de las veces a las tareas agrícolas.

Por lo tanto urge ya, y éste es tan buen momento como otro, un planteamiento poético de nuestra realidad, y hay que buscar un lenguaje, hay que buscar las señas de identidad, como hay que buscar esos jotos que recorren la vida con voz fugitiva, o esa jota que es el signo que labra nuestras fiestas.

Hay que hablar sobre la soledad placentera del Jiloca, sobre el silencio dormido de sus riberas, o sobre el tan trivial hecho de mordisquear un junco. Y como no, sobre lo desgarradora y fantástica que es nuestra tierra, la cual aguanta en su estoicismo el frío embate del aliento del cierzo.

Hay que retratar esos silencios doloridos y opacos que caminan entre el regadío y el secano. Como hay que cantar esos increíbles momentos cuando la lluvia muerde los campos, o ese dejar entrever su sombra los pastores, o el destilar de fragancias fecundantes de los pueblos ribereños. Pero sin falsos localismos y sin falsos acentos, en el ejercicio plural y transformador de la poesía.

Como se puede leer este trabajo está abierto a cada lector, tan sólo pretende llamar la atención sobre una posible poética a desarrollar sobre la ribera del Jiloca, y animar a todos a dejar nuestras voces.